

lente con los de abajo y adulator con los de arriba: recrudesciendo y agravando males, que necesitaban cauterios, con expedientes que ni aun eran lenitivos; el período suyo aparece como el período de la orgía, como las cenas bíblicas de Raltasar y de Sardanápalo que preceden á la surrección de los incendiarios y á las perpetraciones de las grandes matanzas y de los irreparables exterminios. A un enemigo suyo le contaba cómo Luis XVI le nombró ministro para que pagara sus deudas. A una querida le regaló una caja de oro macizo repleta con bombones envueltos en cédulas de cuantiosos valores públicos. Así, mientras tuvo dinero que dar á los nobles y á los cortesanos fué para éstos el mejor de los ministros: en cuanto, lejos de darles, pidióles dinero, lo destituyeron y lo deshonraron. Los Notables no podían atreverse á los Reyes, pero se atrevieron á la economía de los Reyes. Su oposición enseñó el arte de oponerse á todo el conjunto y suma de generaciones revolucionarias que llevaban entonces los grandes dogmas del siglo en sus mentes. Calonne decía como un Profeta: «¡Oh! La Asamblea de Notables me parece aurora y alba de una revolución próxima.» Y contra esta revolución próxima no tenía más recurso que las alquimias de sus empréstitos y las utopías de sus impuestos. Querer que se quitara el Orleans de sus seis millones de renta, todos empleados en diabluras, medio para sostener el Estado y salvar la monarquía ¡fatal demencia! ¡Pagar un obispo, aunque tuviese amortizado en sus manos cien territorios baldíos, que demandaban la fecundación del trabajo! ¡Ir un grande francés á casa del recaudador como si hubiera caído en condición de pechero que debe frecuentar tales gentes y pasarse por semejantes oficinas! ¡Los magistrados rendir parias y pagar contribuciones cuando ellos debían recibirlas! Y todo esto presentado al voto de Notables en las salas espléndidas de un palacio que brillaba con el metal arrancado á los pueblos, y por un ministro que había prometido el oro y el moro para deshacer los entuertos cometidos por los reformadores y mantener los privilegios con todas sus consiguientes martingalas para gozo y regodeo de los privilegiados. No se hacían cargo los Notables de que alguna vez el desengaño cruel había de venir tras las engañosas esperanzas; no se hacían cargo de que carecía, su antes protegido y ahora maltrecho hacendista de varas mágicas, con qué tocar la tierra y extraer de su seno caudales y más caudales, tesoros y más tesoros, el Pactolo que necesitaban ellos, cuya sed hidrópita de lucros no tenía límites. Atribuían el déficit enorme al despilfarro, á la prodigalidad, á la imprevisión, al reparto de millones entre la familia real, á las facilidades con que abría Calonne la caja del Tesoro para cuantos necesitaba ó temía; y olvidábanse de que la mayor culpa concernía por fuerza y necesidad á todo el sistema político y económico, formado por los siglos para una sociedad animada por otros principios que los principios filosóficos modernos y compuesta por un pueblo, al cual mucho le pesaban sus viejas cadenas, y con mucha urgencia pedía el derecho y la libertad. La derrota del ministro y su destitución acelerarán la venida de los tiempos revolucionarios. Así lo quería la Providencia.



## CAPÍTULO DÉCIMO-OCTAVO

### El gran escándalo.



El gran escándalo de temporada, que ahora evoco, fué la célebre comedia del collar de la Reina. Este sencillo hecho ha tomado proporciones tales, que ya se sabe, al decir el collar de la Reina, entiéndese por todos el collar de María Antonieta. Quizás la guillotina fría no segara su cuello de garza, tan famoso, si antes no le cuelgan un collar como una soga de ahorcado. El editor Hachete acaba de publicar las *Memorias* de Barrás, ocular testigo de todas estas escenas y en algunas actor á veces, y á veces protagonista, por lo cual estimábase de grande peso y autoridad su testimonio. Voy á extractar, en lo posible, fragmento de estas *Memorias* tan curioso como el relativo al collar de la Reina. Casi todo el capítulo sexto consagra el narrador al año de la Era cristiana mil setecientos ochenta y cuatro en París. Privado de sus empleos militares y constreñido á vivir en la capital para granjearse favores y lograr empleos, iba de sociedad en sociedad mundana y de sociedad en sociedad política, Cierto barón, que se apellidaba ó apellidaban Valois; nombre dinástico por haberlo llevado nada menos que la familia de Francisco I, á la cual subsiguieran los Borbones en el trono de Francia, andaba de ceca en colodro, cual todos los gandules ó ganapanes de la corte, y presentó Barrás á una su hermana, madame Lamotte, mujer más de bella presencia que de bello rostro. Circuida de adoradores; habitando fastuoso palacio; con tertulia numerosa, si no buena, ilustre, dábase por influyente sobre París, y privada con el Cardenal Rohan, quien había tomado, á guisa de los abates galanteadores, mitra y capelo por

procuradores de sus galanteos y de sus vicios. Así la cortesana lo fijó á su lado, atrayéndolo primeramente por el cebo de sus gracias, y después por su afición al magnetismo. Esta Cleopatra del arroyo parisién, gustaba mucho de sentir las corrientes eléctricas en sus nervios y de recoger los fluidos magnéticos que la impelían y arrastraban á los brazos del magnetizador. Ejercía este oficio en París entonces el célebre Cagliostro, á quien todos creían mago y hechicero, pues daba, en efecto, aire de brujería con sus ademanes y con sus miradas á fenómeno tan estudiado de todos y tan conocido ahora, como el magnetismo animal elevado por Charcot á la estirpe y á la categoría de una verdadera ciencia. Así componía filtros con rayos de las estrellas y ceniza de los aerolitos para exaltar las fuerzas del amor, y evocaba los espíritus del otro mundo para que rozasen las sienes de los iniciados con sus alas invisibles y llenaran los aires de sobrenaturales suspiros. La ilustración adquirida en largos viajes; las logrerías de gitano que había con horóscopos y quiromancias adquirido, pues se pagaba entonces más cara que ahora la buenaventura; sus viejos hornos alquímicos y sus recientes cadenas eléctricas; la elocuencia de iluminado y la mirada de magnetizador; cierta joven persa que le acompañaba por todas partes como si fuera su Musa; el coro de creyentes y de fascinados que le seguía, presentaban á este grande farsante aspectos de revelador y aires de profeta. Madame Lamotte se había unido á él como se une á la mentira la estafa. Pero si por sus relaciones tenía esta cuitada muchísimo influjo, por su marido tenía bien poco, pues era un antiguo gendarme, hombre verdaderamente mediocre, inferior al oficio capital de su vida, y sólo hábil en las maniobras conducentes á la estafa. Al haber combinado y arreglado que la mujer Lamotte pertenecía por su abolengo á una familia real más noble que los mismos Borbones, quisieron pescar, pero pescar en charco grande. Y ningún charco entonces, ni tan grande, ni tan sucio como la corte. Así, en sus conversaciones íntimas con el cardenal, madame Lamotte le rogó varias veces hiciera lo posible y lo imposible por presentarla en Palacio y á la Reina, pues emparentada con ésta por su regia sangre, quería pedirle honores y medios en relación y consonancia con su altísima genealogía. «No demandara otro favor, dijo, querida, sino que á la Reina me presentasen y con la Reina me reconciliaran; pero desde mi embajada en Viena, donde tuve que oponerme á su política, no solamente me desobliga con terribles saetas dirigidas á mi persona é historia, me niega el saludo; á pesar de tener yo en la corte cargos de tanta entidad como el cargo de limosnero.» Oidas estas palabras con sumo interés por la supuesta Valois, creyó haber encontrado un filón ésta; reconciliar al cardenal con la Reina.

Por tal período, estaba la Reina en el auge de sus caprichos, realizados en logros continuos á causa de la pasión que le profesaba el Rey, pues habíale dado hijos; asegurando así la Monarquía y robusteciéndola mucho, al par que acrecentaba la felicidad en su hogar privado y en su familia entera. Corría por aquella sazón muy válido y acreditado el rumor de que la Reina se había encaprichado por un collar de dos millones, puesto á venta pública

en la joyería de Rohemers, y no encontrando, por su riqueza y por su precio, compradores. Requerido por la Reina, y por la Reina regateado en ajustes más ó menos realizables el collar, había tenido que conformarse con la desgracia de no poseerlo, á instancias del Rey, quien mostró á su mujer cómo, tras las compras de Rambouillet y de S'Cloud, este nuevo regalo podía ponerles en situación de quiebra, y, por ende, no sólo de apuro, sino también de verdadero pudor y vergüenza. Y cuando la Reina estaba curadísima de su real capricho, sueña el matrimonio aventurero con despertarla nuevamente y hacer que pusiera el Cardenal en manos de la Reina los brillantes y perlas que le rehusara el Rey. Las profecías iluministas, los efluvios eléctricos, las magias de un magnetismo embustero, los ensueños nerviosos tras un botonazo galvánico, las garrulidades varias de los charlatanes sicofantas iniciados en las majaderías de Cagliostro, pusieron en cuadros de chismes y mentiras ante los ojos del prelado la perspectiva del amor á la Reina á su persona en la efusión del agradecimiento, cuando hasta entonces, lo aborreciera de muerte. La comedia estaba hiladísima con arte perfecto; mas concluyó en tragedia. Lamotte, para mejor engañar al Cardenal, fué con presteza el muy farsante al Palais Royal, convertido en mercado por los Orleanses, y que realmente á la sazón, era el garito y el burdel por excelencia de París. Allí habitaba una pobre muchacha, célebre de suyo entre tantas perdidas, á causa de su parecido con la Reina, por la elegancia, por la estatura, por el aire, por las formas. Vistiéronla con un traje idéntico á los usados por Antonieta, y la colocaron en un cenador de Trianon, bajo un dosel de recatadas enredaderas y tupidos rosales de Borneo. El Cardenal, citado ya, y apercebido para la cita, requirió de Cagliostro, así menjurjes capaces derejuvenecerlo, como filtros, que, derramados por las venas, aumentaran sus fuerzas y prestasen vigor á su lubricidad. El sitio, la noche, lo bien preparado de la farsa, todo el aire de la Reina en la farsante designada para el papel principal, cien circunstancias propias del momento, que aumentaban en el Cardenal engaños de la ilusión y ardores del deseo, dieron á la entrevista una verosimilitud semejante á la grande aproximación de la verdad conseguida en el teatro por los buenos cómicos de cartel y los buenos directores de compañía. Pero, cuando Rohan extendió los brazos hacia la supuesta reina, un grito de que venía Artois, puso á la muchacha en precipitadísima fuga, y al Cardenal en forzoso desencanto. Mas los embaucadores hicieronle creer que se movía el príncipe, recién surgido á deshora, por celos, y que sus satisfacciones eran aplazadas, no perdidas. Necesitaba méritos mayores para procurar nueva entrevista y en la entrevista granjearse un definitivo triunfo. Y, á fin de salirse con la suya, no había como cultivar el trato de la Reina; y para este cultivo, no había ningún abono superior á un rico presente. De aquí el collar. Mas, ¿cómo se compondría el Cardenal para entregárselo á la Reina? De la entrega los esposos Lamotte se encargan. Y, con efecto; fingen la letra de su víctima, y le dirigen una epístola regia, en acción de gracias, al cuitado é iluso Cardenal, y seguidamente una correspondencia. El Cardenal

creyó que aquel collar lo ataba por siempre al carro de la Reina, como una de las áureas cadenas que ceñían los cautivos, rotos en las batallas, al carro esplendente de los vencedores romanos. Rohan adquiere á fiado el collar con presteza y lo entrega sin escrúpulo á la Valois y á su marido. En cuanto recibe la joya, vase á Inglaterra con el tesoro, y burla de veras el explotado amor de un hombre tan insensato, sacrilego sacerdote, como el Cardenal Rohan. Su mujer no pudo seguirle, y se quedó en París. Abrióse á consecuencia de todo esto, una causa en el Parlamento, y en su fallo inapelable, la Valois fué condenada sin remisión, á galera perpetua y á azotes y á marca de candente hierro impresa en las carnes por mano de verdugo. Su infame y criminal marido se comió el robo en los lupanares de Londres. Al Cardenal acontecióle tan sólo que le desterraran á uno de sus castillos en Francia, separándole de la corte, quien le quitó su cargo y calidad de limosnero. Y ahora no extracto, copio á Barrás: «La fama de tal caso, las complicaciones con que después quisieron obscurecerlo, hanme determinado á no callar detalle ninguno en cosa que mis relaciones personales me han hecho conocer á fondo. Todas cuantas noticias he adquirido, me han demostrado que la Reina fué, no sólo inocente de todas las intervenciones, que en esto suelen imputársele, ajena por completo al chanchullo, donde ociosos estafadores, más criminales que el mayor asesino, imaginaron meter y complicar su nombre con un atrevimiento sin ejemplo. Confieso que mi juventud, nada escrupulosa en el anudamiento de relaciones sociales, me arrastró al trato con madame Lamotte. Pecando de confiado, faltábame la malicia indispensable á distinguir cuánto de perverso contenía tan extraña mujer. La noche del arresto de semejantes malvados, yo cenaba en la mesa del notario La Fresnaye acompañado del Cardenal y de varios amigos suyos. Desde mi entrada noté la tristeza de madame Lamotte, ordinariamente muy alegre, y encargada siempre de alegrarnos á todos. Algunos cuchicheos en voz muy baja con su marido habían llamado mi atención y fuéme imposible inadvertir su terrible desasosiego. Los amigos habíanle dicho en la comida que se acercaba el peligro. En punto de media noche había concluído la reunión. Madame Lamotte me rogó que la condujese y acompañase á su casa. Durante aquél tránsito, su oprimido corazón se desahogaba en suspiros amargos, invocando mi amistad, á la cual se veía en precisión de apelar, pues nunca conociera lealtad como la mía. Verdad que mi corazón adolecía de candor; y, si yo había encontrado en ella mujer adaptada de suyo á mis gustos y placeres, no había ni sospechado su carácter de hábil intrigante, menos la complicidad con el necio de su marido para encubrir aquellas infamias de truhanes, empeñados en una picardía tan profunda y tan rabiosa. En otro lugar hablaré de la tenaz perfidia del hombre que se asió á la Reina como á su presa. Había frecuentado yo lo bastante á magnetizadores é iluminados, para formar juicio acerca de todos ellos, y reconocer que tales agitadores de fluidos presentaban dos especies distintas: los embaucadores y los embaucados. ¿No es, pregunta el narrador, así toda la sociedad? Verdaderamente, no

me atrevó á negarlo; pero, sí precisa notar que los iluminados y magnetizadores tuvieron una grande influencia, la cual han vuelto en algunas otras ocasiones á recobrar.»

Diga cuanto quiera Barrás no puede negarse que sobrevino un hecho escandaloso cuyos efectos acabaron de perder á la corte, y en cuyos incidentes aparecieron mezclados los reyes, la Iglesia, el viejo parlamento, la nobleza, la servidumbre real, todas las antiguas castas sociales. Entre las varias familias reales que han reinado en Francia, ninguna tan brillante como la familia de los Valois. Se han pasado siglos desde su desaparición definitiva y no ha podido extinguirse ni el brillo olímpico que le dieron los resplandores de la primera mitad del siglo XVI y el comercio con los artistas inmortales. Un último descendiente de esta familia ilustre había llegado á la mayor miseria, y entre otros hijos, había tenido una hija destinada á los mayores escándalos. Luis XVI, al saber que semejantes retoños de familias reales andaban por el mundo, encerró á la nieta de cien Reyes en austero convento como para enterrarla viva, y extinguir de esta suerte su nombre y su memoria. Pero la ilustre joven, que sentía discurrir sangre real por sus venas y no se creía llamada, por tanto, al claustro, burló la vigilancia de sus superiores y huyó á la gran ciudad, á la ciudad de París. Su refugio único en este inmenso piélago fué la casa de una constante amiga suya, cuyo marido tenía el cargo de preboste. Pero no están los prebostes exentos de las humanas debilidades, ni asegurados contra los incendios de las amorosas pasiones. Prendóse, pues, de la niña, y tuvo que dejar ésta aquel asilo é irse á la provincia donde se hallaban sus hermanos y las tierras de su familia, Bar-sur-Aube. Seis francos tenía al llegar, como han contado Beugnot en sus *Memorias* y Michelet en su *Historia de Francia*, muy contestados, pero muy admirables narradores uno y otro de este trágico suceso. La razón de haber ido á tales regiones era bien poderosa, una razón casi hereditaria, el empeño de recabar las tierras de sus abuelos, sitas allí, y que pasaran á formar parte del patrimonio real, en cuyo empeño consumió toda la vida su padre. Otra dama la recibió en su casa, por supersticioso cariño á su regio nombre y por compasión á su orfandad. Esta dama de provincia tenía un hermano oficial, como la dama de París tenía un marido preboste. Y el oficial sintió la misma pasión y encontró menos resistencias. Al año de estar en la casa había parido la joven dos niños en un sólo parto. No hubo más remedio que el casamiento. Y por esta razón la Valois tenía que ocultar su ilustre nombre de familia real, tras el nombre obscurísimo de madame Lomotte. A la verdad, nada tan fácil en una educación realista como esta especie de culto á personas que se dicen reales y que aseguran sentir sangre real en sus venas. Cualesquiera que sean sus pensamientos y sus acciones, aparecen á los ojos de aquellos que profesan el principio monárquico al modo antiguo, cual dioses verdaderos.

¡Y en qué tiempo venía esta triste aventurera con propósito de prender en sus aventuras á la misma Reina! Cuando la maledicencia se había cebado con mayor encarnizamiento